

Algunas consideraciones sobre Josef Knecht

Alejandro Ibáñez González

Para entender la profundidad que conlleva la lectura de “El juego de abalorios” es necesario intentar entender a cabalidad la hondura de su personaje principal, el magister ludi Josephus III, así se llama en los archivos del juego de abalorios. El anonimato es parte del retiro espiritual y es típico de la vida en la provincia, Castalia. Desde este punto debemos comenzar a desentrañar esta historia, la de un elegido como pocos conoce la narrativa planetaria.

La historia se sitúa en este poblado donde conviven hombres que en lugar de dedicar su vida a un ser superior de carácter espiritual, honran el saber y el conocimiento; la razón como único centro en el quehacer de sus vidas, hacia el año 2400, lo que acentúa lo arcano de esta narración.

Según Plinius Ziegenhals, “el movimiento espiritual que da origen al juego, y a la Orden, comienza desde la época denominada “folletinesca”, que se caracteriza por su tono burgués que no supo encausar el espíritu”. Agrega el narrador que “El desarrollo de la vida espiritual en Europa tuvo desde el final de la Edad Media dos tendencias: la liberación de pensar y creer que toda influencia autoritaria lucha contra la razón y la legitimación de la libertad en búsqueda de una autoridad nueva. En la época folletinesca el espíritu gozó de una libertad inaudita, desechando

totalmente la tutela eclesiástica y parcialmente la estatal. Pero fue una época de ironías que iban y venían”. Queda claro, desde estas líneas, que Hesse criticaba abiertamente a la sociedad de su época, y para qué hablar, si lo extrapolamos a lo que acontece hoy en día. Es más, se sitúa en su obra a la época del folletín entre el siglo V d. C. hasta el siglo XX d.C. En esta maravillosa obra se cita a Nietzsche, quien se refería así a la época del folletín: “se descubría que había pasado el periodo creador de su cultura y de su misma juventud, que había comenzado el crepúsculo: mecanización de la vida, decadencia moral, decrecimiento de los pueblos, falsedad del arte”.

No obstante, ¿de qué se trata del juego de abalorios?, ¿en qué consiste? Dos jugadores “deben lanzarse mutuamente motivos o comienzos de composiciones clásicas en su forma científica abreviada; el interpelado debía contestar con la continuación de la pieza o con voz más alta o baja un contra tema opuesto”. Se sitúa su “invención” en la Universidad de Colonia que fue donde además se lo bautizó, pero no se señala una data exacta sobre esta efeméride. “Las normas, el alfabeto y la gramática del juego representan una especie de idioma secreto muy desarrollado en el cual participan varias ciencias y artes, sobre todo las matemáticas y la música (ciencia musical) y que expresa los contenidos y resultados de casi todas las ciencias y puede

colocarlos en correlación mutua. Pero la obra de un solo hombre llevó el juego a la conciencia de sus posibilidades, a la capacidad universal de la perfección; el vínculo con la música. Esto lo realiza Lusor Basiliensis (joculator), quien inventó los fundamentos de una nueva lengua, de signos y fórmulas en la que participan por igual las matemáticas y la música, creando fórmulas astronómicas y musicales, las que llevan el denominador común de la música y las matemáticas simultáneamente. Desde aquí evolucionó hasta lo que es hoy: “universal contenido de lo espiritual y musical, culto sublime *unio mystica* de todos los miembros aislados de la *Universitas Litterarum*.”

Uno de los aspectos que se aclaran constantemente durante la obra es que la provincia no equivalente a la iglesia, y para ejemplificarlo señalamos que el narrador, establece que cuando aparece el juego “la curia no sabía si resistirsele o unírsele”. Pese a que la metáfora que constituye Castalia en relación al Vaticano es innegable. No podemos señalar más que la genialidad del autor lo motiva a escindir los tópicos para acentuar el tono enigmático de la pieza literaria. Más adelante se señala que “ciertas escuelas preferían enfrentar temas contrastantes y tratarlos de forma uniforme e imparcial elaborando con la tesis y la antítesis, la síntesis más pura posible. Era una búsqueda de lo perfecto, es decir, de Dios”. Y se agrega que “los jugadores de abalorios y la iglesia romana estuvieron alerta mutuamente. Ambos buscaban la verdad unívoca que impulsaba la separación. Pío XV como Papa trató de prohibirlo entre los católicos, pero falleció antes de que eso acaeciera”. Lo que debe llamarnos poderosamente la atención es que Castalia pecará, al igual que la Iglesia, de falta de criterio para tratar sus tradiciones en relación con la sociedad con la cual le toca convivir. En otras palabras, la similitud no es casualidad, sino obra de la causalidad.

Mas no dejemos de lado a quien concita nuestra atención y testifiquemos qué pensaba Knecht, para quien el juego de abalorios es, en

primer término un hacer música: “consideramos la música clásica como extracto y esencia de nuestra cultura. Música es herencia de la antigüedad y cristianismo, moral caballeresca. La postura humana, cuya expresión es la música clásica, es siempre la misma y siempre se funda en idéntica clase de conocimiento existencial”. Como podemos ver, desde la perspectiva en que se analice, es de piramidal importancia establecer que la incorporación de la música cambió la historia del juego y quienes desearan practicarlo con maestría, debían conocerla y admirarla.

Lo que sí queda claro es la postura del narrador de este libro quien nos confirma que desea que sean personas fuera de la Orden los interesados en la vida y obra de quien vamos a hablar. Y es que la vida de Josef Knecht tiende desde que se tienen registros de su existencia a trascender. Pocos argumentos presentan tanta perfección en el crecimiento y en la madurez de un hombre. Y mucho menos, pocos son conscientes de ser poseedores de ese don. No se sabe si fue adoptado, empero se sabe que era un predestinado a Castalia, y como lo reseñábamos en las líneas anteriores, se acercó al juego de abalorios por su contacto con la música y no con la ciencia. Como todo hombre tenía su *daimonion* (genio demonio) y su *amor fati* (amor al destino), por lo que no daba la espalda a los desafíos, y encarnaba al ser que no tenía miedo a la innovación. Estudiaba violín y laúd en la pequeña Beroltingen a los 13 años cuando se produjo su encuentro con su destino iluminado. Su maestro de música le dijo que vendría el gran maestro de armonía, el *magister musicae*. En un principio pensó que jamás llegaría a audicionar con él, pero ensayó de todas formas para no defraudar a su maestro. Luego de terminada la audición el bedel le indicó que era el único seleccionado para tocar un cuarto de hora más con el maestro de música. Palideció. El *magister musicae* tenía carisma, no sonreía, pero reía, con una mirada penetrante. Tocaron sin hablarse, sintiendo la música. Luego, el erudito le preguntó si sabía lo que era una fuga y después, cuando terminaron de tocar le señaló al pequeño que tocar música

era la mejor manera de hacer amigos. El corazón del muchacho, al escuchar los sonos, se entregó al amor y a la admiración por aquel venerable y sabio ser. Cuando el magister se retiró, Josef sentía que el mundo sí estaba adornado, que algo en él había cambiado. Lo que no sabía era que había experimentado el proceso de vocación. Josef pertenecía a los *electi* o *flos juventutis*, el trozo de realidad que inspiró su vocación fue el magister musicae. Dentro de él todo había cambiado, pero como su historia es la de un elegido, cuando el consejo de maestros le comunicó que había sido admitido en la escuela de selección se asombró, aunque sabía que sucedería, además, semanas antes sus compañeros de escuela le gritaban, medio en broma; medio en serio, “electus”.

Según Goethe, Castalia también es denominada la provincia pedagógica, y las escuelas de selección eran un sistema de cribado sabio y flexible, por el cual la dirección (el consejo de estudios constituido por 20 consejeros) prepara a los elegidos para renovar la Orden en cargos de pedagogía y estudios. Mientras en las universidades se busca a los dotados teóricamente, en las escuelas de selección admiten a los dotados por facultades o carácter. Sin olvidar que la Orden exige el voto de pobreza y castidad (los parecidos con la curia continúan). Tras ser asignado a la escuela de Eschholz solo tuvo un castigo en sus cuatro años, por no ser el delator de un compañero. Siempre era tranquilo, pero le apasionaba tocar. A los 17 años, y cuando ya estaba lista su transferencia a Waldzell, el magister musicae lo invitó a pasar unos días a Monteport, donde le enseñó a meditar (algo que muy pocos consiguen aprender, y mucho menos dominar). Allí le dijo que Eschholz había sido un peldaño más en su camino en la Orden, por lo que no debía sentir nostalgia por su antigua casa de estudios en régimen de internado. Además, le señaló que “cada uno de nosotros no es más que un hombre, un intento, alguien a medio camino”, a lo que agregó que “no existe la doctrina perfecta, debes buscar la perfección de ti mismo”. En otras palabras, al finalizar el primer capítulo del libro, nos damos

cuenta que el magister musicae conoce las condiciones supremas de Josef sobre el resto de sus compañeros e intentó ayudarlo a no aferrarse a las personas, a la sociedad o a la institución dado que (en el conocimiento del magister) a Knecht le esperaban grandes circunstancias. Fue en este encuentro en donde despertó su segundo grado de la vocación: se le había concedido echar una mirada a las zonas interiores. Por último, el magister le señaló que no diera importancia a las críticas, las cuales llegarían, pero que tras recorrer el camino sólo serán una anécdota.

Su nuevo centro de estudios suscitaba la reducida población de artistas dedicados al juego de abalorios, donde se buscaba la conciliación entre las ciencias y el arte. En este lugar se encontraba el famoso salón para los juegos solemnes y el asiento oficial del magister ludi entre otros célebres lugares. Los alumnos se denominaban mutuamente estudiantes, como se conocía a los discípulos de la enseñanza del juego: “luceros”. El rector de Waldzell era un hombre original y casi temido: Otto Zibnden, un sexagenario. El lugar era un monasterio vecino a una ciudad. Dos personajes llamaron la atención de Josef: Carlos Ferromonte, maestro a quien se acercó porque era un amante de la música y de quién admiró su depurada técnica musical. Por momentos pareció que el Siervo (Knecht en alemán) solo quería convertirse en músico, pero se culpa a la pubertad y la castidad por esta conducta. Leyó filosofía alemana: Leibniz, Kant y especialmente a Hegel. El otro personaje que tuvo un papel decisivo fue un “transeúnte”; Plinio Designori, quien frecuentaba las escuelas de selección como invitado, huésped sin intención de entrar en la Orden. Queda patentado desde este momento que esta amistad traerá en nuestro “electus” la carga mundana que Castalia, debido a su vida retirada, no podía ofrecer al predestinado y que tendrá decisiva preponderancia hacia el final de la historia. Designori quería defender el mundo y la vida ingenua contra la espiritualidad orgullosamente escolástica de Castalia, no obstante, quería demostrar que era capaz de hacerlo con las armas del adversario: la cultura.

En una carta que escribiera a su mentor, el magister musicae, Knecht testifica que encuentra algo de sentido en los ataques de Plinio y que sentía algo de temor ya que si quisiera retroceder a ese mundo no tendría ya familia a la cual recurrir. Esto era un grito de auxilio, Plinio lo había confundido y solicitaba un consejo, un castigo o incluso la sugerencia de recurrir al rector. El “transeúnte” manifiesta en una misiva que tiene la venia para ir a Castalia, empero no lo utilizará, que sí será un hombre agradecido de la provincia y que siempre volvería al juego. Josef le confesó a Ferromonte mediante una carta lo siguiente: “mundo y espíritu”, o “Plinio y Josef, se sublimó ante mis ojos en una unidad, en un acorde, por la lucha de dos principios irreconciliables”. La respuesta del maestro fue que debía defender a la provincia. Las controversias entre ambos se tornaron famosas.

Ya en el capítulo “años de estudio” nuestro personaje tiene 24 años de edad, concluye su periodo escolar y comienzan los años de estudio libre que es el periodo en que los aspirantes a la Orden suelen flaquear. Fausto es el arquetipo de diletantismo para los estudiantes durante este periodo. Son pocos los casos de apostasía en los que un estudiante vuelva a la vida burguesa, pero son solo algunos curiosos. En este periodo los estudiantes deben presentar su propio plan de estudios para cada semestre. Solo se les pide una relación anual sobre conferencias oídas, lecturas efectuadas y labor realizada en los institutos. El Siervo pertenece en este periodo a aquellos que poseen facultades e intereses múltiples. En la página 96 del libro se señala que “No había sido un alumno como todos los demás. El famoso alumno Knecht desapareció y no fue posible dar con él; solamente en Waldzell siguió floreciendo su fama y con el correr del tiempo se convirtió casi en leyenda”. En este lugar recibió instrucción oficial en el juego de abalorios, luego en el último año y en el círculo de amigos, dueño de fama de buen jugador fue invadido por la seducción del juego de los juegos con tal intensidad que concluido un nuevo curso y siendo aún un alumno de selección, se le admitió entre los

jugadores de segundo grado, una distinción incommensurable. En una carta escrita a un amigo, Fritz Tegularius, confiesa “Comprendí de pronto que en la lengua, por lo menos en el espíritu del juego de abalorios todo es realmente colmado de significado universal, que cada símbolo, cada combinación de símbolos no lleva hacia acá o hacia allá, ni a ejemplos, experimentos y pruebas aisladamente, si no al centro, al saber primario, al misterio mismo, a lo más íntimo del universo. (...) Lo supe en el relámpago de un instante”. Además de señalar que considera al juego una *lingua sacra*.

Comenzó a estudiar un movimiento que aprendió en un ejercicio del juego de abalorios que realizaba como alumno de tercer curso con ayuda del director, con lo cual sintió la vocación para “lusor” y ahora estudiaba aquel ejercicio desde el principio hasta el final, que comenzaba con el análisis rítmico del tema para una fuga y que tenía en su centro un supuesto movimiento de Kung Tse. Dos años más tarde le escribe al magister musicae: “creo que se puede ser excelente, hasta virtuosista jugador de abalorios o incluso magister ludi sin sospechar el secreto del juego y su último significado” (pág. 100). La respuesta del magister musicae es interesantísima: “Tú no requieres de un maestro del juego que sea “esotérico”, un profesor que busca llegar al sentido íntimo sería de lo peor. El profesor como maestro de música no habló del sentido de la música en su vida. Pero disfrutó si sus discípulos lo hacían. Si llegas a maestro, sabio o ejecutante, conserva el respeto por el sentido, pero no creas que puede enseñarse”.

Pese a la respuesta se aisló a estudiar en un solitario destierro, pero él marchaba su propio camino. Comenzó a interesarse en el I Ging, libro de las transfiguraciones o metamorfosis, pero al querer saber más sobre la sección China nadie la conocía en profundidad y solo se hablaba del Hermano Mayor. Un ermitaño que había sido estudiante como los demás, pero que se apasionó demasiado en sus estudios y trató de cambiar su fisonomía a la de un asiático. Per-

maneció varios meses en el seto de bambúes y aprendió a usar los tallos de milenrama casi como su maestro. Lo lograba todo, menos que el Hermano Mayor le hablara sobre el juego. Finalmente le confesó que estaba allí para adaptar el sistema del I Ging al juego, empero la respuesta del maestro consistió en reírse y asegurar que no se podía. Para el Siervo su estadía allí fue “el comienzo de su despertar”.

Su reencuentro con Plinio no fue alentador. Ya es funcionario de la Universidad del Mundo. Ahora pertenecían a mundos opuestos y ambos se desilusionaron al verse. Designori le aseguró que habría guerra y que tal vez Castalia podría estar en peligro.

Después de la partida de su amigo el magister ludi Tomás Della, hombre austero y parco, le confesó a Josef que, tras largas reuniones entre ambos, dejara de asistir a las charlas porque su iniciación en la Orden era un hecho. Por supuesto, Knecht solicitó que su querido magister musicae (quien había solicitado el retiro) se hiciera cargo de los detalles de la ceremonia, la que fue breve y contó con dos testigos. Ahora, ya perteneciente a Castalia su misión era ir al monasterio benedictino de Mariafels donde sería maestro para la iniciación de nuevos jugadores.

Antes de partir al convento conoce a Fritz Tegularius, el más fiel amigo en toda la vida de nuestro personaje y quien lo definía como “el jugador de abalorios más completo que conozco. Sería predestinado a ser magister ludi si juntamente con su delicada salud, su carácter no fuese totalmente inadecuado para ello”. Efectivamente, Tegularius mostró unos juegos que había diseñado, que en realidad eran una muestra de sus estados depresivos; “sufre de depresiones y hasta tiene ideas suicidas” (122). Antes de asumir su misión en el monasterio benedictino la partida del Siervo fue sentida. Previo a su viaje Knecht se hizo la ceremonia del oráculo que había aprendido del Hermano Mayor y el resultado fue “Lü” o “el peregrino”. En la página 128 del libro se señala que “Su partida fue dolorosa,

pero era natural. Knecht era un elegido por su plena ausencia de ambición y arribismo”.

Al llegar a Mariafels el abad Gervasio le envió los primeros “padres”, pero Josef se desilusionó con el superficial nivel del juego, de verdaderos aficionados que mostraban los jóvenes. Pronto comenzó a comprender la razón real por la cual lo habían enviado ahí. La iniciación en el juego de los “padres” era fácil, demasiado; se lo había enviado para aprender en lugar de enseñar. Al hablar con el abad Gervasio del I Ging, el curiado le mostró un nivel de conocimiento del chino que Knecht no esperaba desentrañar. Por este motivo le solicitó dos lecciones semanales de I Ging, con lo que se corroboraba el presagio del oráculo: Halló un hostel grato, era peregrino y llevaba consigo todos sus bienes; tenía la “perseverancia de un joven siervo”.

En la biblioteca del convento conoció al pater Jakobus, el más calificado de la orden benedictina. Un día el curiado le dirigió la palabra a Josef y lo invitó para conocerlo y así tomar algún provecho de su visita bajo la promesa de no encontrar en él a un sabio de Castalia ni del juego. Pero descubrieron mediante la conversación a un sabio al que ambos habían estudiado perteneciente al siglo XVIII, Knecht lo anticipó y lo anunció: Juan Alberto Bengel. El Siervo llegó a él en sus estudios de pietismo. Ambos se sintieron unidos mediante el conocimiento del filólogo. Para Knecht en el pater había “akribia”, o sea, un supremo cuidado u objetividad y fantasía por su labor. No obstante, aprendió de él la historia, las leyes, y las contradicciones del estudio que se impuso desde el punto de la propia vida como realidad histórica. El pater le aseguró que los jugadores de abalorios y la Orden trataban a la historia como un matemático trataba a las matemáticas, solo reglas y fórmulas, no hay realidad alguna. Y le afirma que “Para hacer Fe hay que abandonarse al caos, y tener Fe en el orden y en el sentido” (Pág. 140). Knecht comunicaría en una carta a sus autoridades que el pater cree que lo más admirable de las congregaciones es que a pesar de las evoluciones generacionales

aún existen y eso es un fenómeno reconocible en la historia.

Habían pasado dos años en el monasterio y el Siervo se había acostumbrado a él. Allí había conocido al Pater Jakobus, un sacerdote que tenía resentimientos contra la Orden por considerar que sus integrantes eran arrogantes en el conocimiento. Pero al conocer a Josef Knecht su postura cambió, el erudito lo cautivó con su sapiencia y su humildad y lo encontró con Castalia. Es más, es necesario establecer que esta amistad sirvió de puente entre Roma y la provincia. Conoció también a Antonio, un joven que antes de la llegada de Josef ya pertenecía al convento, se había transformado en su más adelantado alumno en el juego de abalorios y, para ese entonces, el abad Gervasio manipulaba con propiedad los tallos de milenrama. En Castalia las autoridades estaban realmente felices por sus avances, mas no se lo comunicaban. Un día un hombre llegó disfrazado, venía vestido de “policía”, empero se supo su identidad: era Dubois quien llevaba las instrucciones para el Siervo en Mariafels al pater Jakobus. Al inicio del V capítulo le entrega “la Misión” que se le encomendaba a Knecht. En ella se le otorgaban vacaciones y le pedían volver a Waldzell por tiempo indeterminado. Sintió un leve dolor por deber irse del convento, lo que poseía en el pater Jakobus era irremplazable y lo extrañaría en Castalia. Tras cenas con el círculo mayor de la Orden el magister Tomás le otorgó la que sería realmente su nueva misión: debía regresar al convento benedictino y ganarse la confianza del Pater Jakobus para establecer una representación permanente de la Orden con la Santa Sede. La idea era proyectarse de manera recíproca, pero no servil con Roma. El Siervo no lo pensó dos veces y aceptó con humildad su nueva misión. Entonces solo pidió como amnistía vacaciones o salidas más seguidas para poder practicar abalorios y así no retrasar su sabiduría y destreza en el juego así como la asistencia de radiofonía para oír las conferencias que se dictaran en la Orden.

Ya en el convento las relaciones con el

pater Jakobus no avanzaban y nuestro personaje empezó a sentir que no avanzaba hasta que el curiado se le adelantó y le dijo que entendía que el regreso del Siervo no era casual. Knecht, con su corazón ausente de misterio o maldad, confesó la misión. Cundió en él un pánico o miedo por echarlo todo a perder. Pero a la altura de la página 160 se manifiesta el carácter que deseamos destacar en él: “Knecht, como todo grande, en este periodo de su vida tuvo suerte. Knecht parece pertenecer a los elegidos”.

No se sabe mucho sobre la vida del elegido, pero se conoce que el pater Jakobus fue un guía para él y que nadie tuvo tanta cercanía con el abad como él. Además, el representante de la iglesia no llegó a ser jugador de abalorios, pero estudió su temática ya que era ahí donde residía el amor al juego. “Se debe a estos dos hombres el entendimiento que hasta hoy existe entre Castalia y Roma”.

Knecht tomó parte en un concurso “Caza Talentos”. Recibió una visita de Tegularius que no fue del todo amena, debido a la odiosidad de éste con la Iglesia. El pater pidió pro misivas que se extendiera la vida de Knecht en el convento, o mejor aún, en Roma. Deseaba que estuviera más tiempo enseñando *rebus castaliensibus*. La respuesta afirmaba que volvería al *vicus lusorum* y que su destierro a Roma no acaecería. Al mismo tiempo se enviaron los datos del concurso de talentos que se realizaba entre los integrantes de la Orden que consistía en preparar movimientos para el juego y el resultado fue un empate en el primer lugar para Knecht y Tegularius. Se le informó por radiofonía de esto y de que no sería desterrado de Mariafels, su nexa continuaría, pero de otra manera. Estaba henchido, mas sentía que todo pasaba muy rápido, su fama y su reconocimiento.

Al llegar a Waldzell fue recibido por el representante del magister lusorum, Bertran, quien le pidió fuera a Hirsland y esperara instrucciones. El magister ludi estaba enfermo y no se sabía si tomaría la dirección del *ludus*

anniversarius o sollemnis (juego aniversario solemne o torneo público de abalorios). El penúltimo día de los juegos solemnes el magister falleció no sin antes señalar su sucesor. Terminada la fiesta se hicieron los funerales y Knecht vivió el duelo junto al vicus lusorum. Fritz se burlaba de este “conclave” y nuestro elegido fue interrogado por altos supremos funcionarios de la dirección de la Orden además de importantes representantes de la sección. Josef sintió que en ese periodo había algo anormal dado que había pocas relaciones con la “selección” quienes eran los encargados de designar al sucesor a la cabeza de la Orden. Una noche Tegularius llegó corriendo excitado, llevó a nuestro personaje hasta un cuarto vacío y le comunicó que seguramente sería designado magister ludi. El director del archivo ya había sido eliminado de la elección y los tres candidatos de la “selección” no contaban con la recomendación de un magister o la dirección de la Orden, mientras que por Josef los votos venían de parte de Dubois y del magister musicae. Acá llega un punto importante para comprender el carácter de líder, de elegido y de único por parte de nuestro héroe ya que se señala que Josef aceptaba la hipótesis del “conclave”, pero a pesar de sentir que era natural y correcto, lo rechazó.

Entre otras cosas el Siervo sabía que tenía cerca de cuarenta años y que quienes ocupaban ese cargo solían superar con holgura los diez lustros. Lo demás es historia: Knecht sería investido como magister ludi en dos días. El camino del elegido llegaba a su punto más alto, aunque esto traía envidias y celos. Durante el primer día debía estudiar el juramento y la “norma mínima del magister” que sería dirigida por el Canciller de la Orden y el magister mathematicas. La ceremonia fue presidida por el locutor de la Dirección de la Orden y el supremo archivista del juego. El ex magister musicae, su mentor, le aconsejó que tratara de pasar las tres o cuatro semanas venciendo de forma breve, dedicándose exclusivamente a la “selección”. Tegularius era un selecto más y tomó de mala forma que Josef le hablara como magister ludi y no como un

compañero. Un día Fritz se sobreexcitó y le gritó a otro compañero, mas en lugar de recibir una amonestación del elegido, éste lo envió a meditar, gesto que sirvió para que limaran las asperezas. Evidentemente el tacto de líder quedaba de manifiesto con cada áureo movimiento de Josephus III. Tegularius había entendido el mensaje. Posteriormente los candidatos al vicus lusorum reconocían a su maestro y se rendían a él.

Lo más grande después del primer momento de adaptación era la colaboración confiada y amistosa de los selectos. Debían sentirse el cerebro de la comunidad castalia, no un miembro más. El nuevo magister ludi pensaba que su misión era la de rescatar y preservar el gran símbolo de Castalia: el juego de abalorios. Ya que a la provincia, pensaba él, se iba a estudiar la disciplina para la cual cada uno es más idóneo y a jugar el juego. Por ende su nuevo norte era el de impedir que la provincia se desvalorizara. Sabía que el “torneo solemne” antiguamente duraba entre tres y cuatro semanas, y que en la actualidad se extendía con dificultad por más de una.

En otoño, y tras ganarse la confianza del vicus lusorum y de los selectos, lo que se traduce a varios meses de trabajo, se retiró hacia el bosque favorito de los magister ludi donde estudió el “Calendario de bolsillo para el magister ludi”. Meditó sobre su vida, hizo una introspección profunda donde miró desde la ocasión en que tocó el violín con el magister musicae; hasta ese momento en que le era difícil incluso hablar con su querido Fritz Tegularius sobre el connotado juego de los juegos. Llegó a plantearse dos premisas muy importantes: primero pensaba en renunciar a la magistratura en cuanto se sintiera viejo y cansado para organizar con calma el torneo y en segundo lugar comenzaría a trabajar en el primer tornero de inmediato, además de nombrar como primer ayudante a su eterno amigo Fritz Tegularius.

Trabajó con esmero en ello y planeó una ornamentación como la de la casa de estudios China e incluso había ideado un esquema de

juego desde su estadía en Mariafels como primera competición solemne como Magister, entendamos que ya se sabía predestinado para el cargo, en la cual formaría la base de la estructura y las medidas al antiguo ritual de Confucio para la reconstrucción de la casa China, la ornamentación, la puerta, los muros de los espíritus, relaciones, proporciones de los edificios, reglas y simbolismo del jardín; todo una vez estudiado un comentario del I Ging se traducían a una alegoría del ordenamiento místico, del sentido del cosmos y la posición del hombre en el mundo. El único inconveniente para iniciar los estudios y la elaboración de la traducción en el idioma del juego era que Tegularius debía ayudarlo en estas labores, pero no conocía el chino. Se ayudó a Fritz y pronto supo todo lo necesario menos el idioma chino. Durante largas horas trabajaron en el juego diseñando, Knecht dejó a Tegularius los torneos de consulta en el archivo y también el primer y segundo movimiento de su juego. Esta labor llevó su amistad a otro nivel.

Al poco tiempo, Petrus, alumno de Montepoort llega hasta el magister ludi y le manifiesta su preocupación por la manera en que enfrenta la última etapa de su vida el ex magister musicae: había perdido la costumbre de conversar y había adoptado una actitud parca y cerrada. Al verlo, al apreciar a su anciano mentor no pudo sentir más que admiración y se compadeció por el octogenario, quien solo pronunció unas pocas palabras: “Te cansas, Josef”. Entonces el Siervo entendió que era un santo, un perfecto entregado a la verdad, no a los hombres. Su final era ineludible. Pero esto era algo que no se podía comentar en Castalia donde no cabía la posibilidad para la espiritualidad, no debemos olvidar que el Vaticano y Castalia son como agua y aceite, dulce y agraz, fe y razón... aunque tras la lectura se piense en otra cosa.

Llegó el torneo anual que se llamó “juego de la casa China”. Waldzell, el vicus lusorum, y la “selección” vieron un fascinante periodo festivo una vez más. Knecht no tuvo que imponerse con dificultad, su figura magnánima y humilde

lo hicieron, irradiando calma, energía y dignidad; era el Sumo Sacerdote de blanco y oro. Sin embargo, no era lo único que lo preocupaba. La influencia histórica del pater Jakobus germinaba en él y se daba cuenta de que la provincia corría peligro al estar tan desconectada del mundo: “No es agradable pensar que Castalia y el juego de abalorios perecerán también... y hay que pensar en eso a pesar de todo” agrega el Siervo en la página 222. Pese a ser un iniciado en la historia, tenía sentido del mundo. Ya estando en Eschholz Knecht muy niño sentía lástima por los jovencitos que eran renviados de vuelta al mundo normal porque para él esa era una pequeña muerte. “Ya no podrían ir al mundo perfecto e iban al infierno”. Era el único que sabía que Castalia era una pequeña parte del mundo, empero ¿Tegularius que se había sentido miserable en su estadía en Mariafels? Era el fiel representante de Castalia, que odiaba el mundo y amaba a la provincia y al juego. Lamentablemente Fritz Tegularius resumía la postura de todos los integrantes de la Orden y su obtusa visión de mundo. En Josef había conservación, fidelidad y apego al desinteresado de la jerarquía y la tendencia al “despertar”, al avanzar, al dominio y la comprensión de la realidad. Al terminar su primer año, y al no tener tiempo para sí, nuestro elegido volvió a los estudios históricos y vio que la realidad que se suponía no era tal, sino una retrógrada mirada al pasado. La provincia había caído en la rutina de dar buenos sabios al país, pero solo eso. Los ciudadanos del país ya no prestaban atención en Castalia como Castalia no prestaba interés en el país.

El Siervo se apenaba porque como magister ludi en su vicus lusorum solo se veía con castalios y especialistas, por eso puso énfasis en los cursos para principiantes y su deseo de tener los discípulos más jóvenes que se le permitiera. Su influencia es innegable: “Hoy la Orden realiza más labores en campos para abrirse al mundo y, de hecho, ha eliminado varias especialidades. Sin dudas gracias a la influencia de Knecht”, se explicita en el texto.

Lo encontramos en estudios históricos desde el segundo año de su magisterio. Se sabe que estuvo ocupado leyendo todos los ensayos del pater Jakobus acerca de la orden benedictina. Con el señor Dubois y con un filólogo de Kerperheim podía hablar acerca de las diferentes vertientes históricas que llamaban su atención, no obstante, el lado opaco lo marcaba Fritz de quien se nos indica que manifestaba “los estudios históricos son una pérdida de tiempo que solo sirven para reírse un rato...” (231). El elegido meditaba y se decía que la creación espiritual no era algo de lo que ellos pudieran participar ya que los castalios viven de reproducir: “Nadie puede respirar, comer y beber durante toda su vida meras abstracciones”. Concluía, entonces, que la historia aventajaba a Waldzell por no ser mera repetidora, sino que convivía con la realidad.

Se daba el tiempo también de ir a ver, de vez en cuando, a su ex magister musicae. Solo él, Petrus y Ferromonte eran los únicos que se percataban del maravilloso “atardecer” en que el anciano se iba sublimando cada vez más. Hasta que llegó el día en que al magister ludi le entregaron la noticia de la muerte de su mentor. Deseó escribir la biografía del anciano, pero el tiempo no se lo permitió. Nunca dejó de reconocer que aprendió a ser más filántropo con el temperamento del occiso y se conmovió al verlo dormido como un arabesco.

Al inicio del noveno capítulo, nuestro personaje ya había excedido la meta de posibilidades que el cargo ofrecía al desarrollo de sus energías, buscando un cambio y abandonado a la tradición. A temprana edad ya era magister ludi sin querer serlo. La postura de Knecht dividió a Castalia y a la Orden entera y es una sistematización que no se ha resuelto del todo. El narrador del texto señala en la página 240 que: “Aunque nos declaramos agradecidos adeptos del gran Magister, no tomamos posición en este caso”, como para testificar al receptor de la obra que Castalia no ha superado su postura de abstracción hacia el mundo. No obstante, el mismo na-

rrador sostiene que desea hablar sobre el fin de Josef Knecht, pero más que de su desaparición, de la forma en la que se transformó en leyenda, aquello por lo que dedicamos estas líneas.

El reencuentro con un viejo amigo era ineludible: Plinio Designori llegó un día a la provincia pedagógica en misión oficial ante la suprema autoridad de la Orden siendo un hombre influyente, diputado y escritor político. Formaba parte de la comisión que cada dos años administraba Castalia. Este encuentro marcará la coyuntura definitiva en la vida de Josef ya que Designori, su amigo de debates interminables lo hacía sentir como un extranjero dentro de su propio país, y una vez más traería la parte mundana de la sociedad al corazón de Castalia. De todas formas notó en Plinio un rostro cargado de dolor. Knecht lo invitó a pasar un día de visita, de viaje y al ser huésped del Siervo quedó deslumbrado con la cantidad de tareas con las que debía cumplir el magister. Más tarde le enviará una misiva a su amigo en donde le dice que le faltó mucho por mostrarle, que sus obligaciones no lo dejaron. Designori contestó: “Usted no sabe lo que es la familia. Eres como un extranjero que habla mi mismo idioma” fue la sentencia definitiva de Plinio, quien se conmovía con la innumerable cantidad de labores que debía asumir el Siervo, pero que trataba de separar lo pagano de lo castalio.

Knecht le contestó que a pesar de tener dos idiomas distintos ello no podía constituir una barrera para el diálogo, ya que entre compatriotas existen vallas mucho peores que el entendimiento. La sabiduría del Siervo no tiene parangón. Pese a que durante este largo periodo el ex “transeúnte” solo demuestra una obsesionada pasión para atacar a Castalia, lo único que recibe por parte del magister ludi es entendimiento y atención, lo que parece ofuscar aún más al extranjero. Al final de cuentas, concluye el sabio, Castalia no era lo mismo de antes, pero era mejor tenerla que no tenerla. Y tras esto tocó en el piano una pieza de Purcell, la favorita del pater Jakobus, que hizo que el cuarto y el tiempo se

ensancharan. Lugo el huésped fue despedido por Knecht, su rostro había cambiado, ahora era luminoso y había lágrimas en sus ojos.

Designori comenzó a volver a Castalia con el viejo ímpetu de antes. La vida del escéptico había sido dura, hijo de un político conservador, había desilusionado a su padre al entrar al partido modernista opositor, dirigido por Veraguth, un diputado y periodista de gran labia. Al enterarse de esto su padre fue a increparlo a la universidad, a decirle que terminara de estudiar y que después se metiera en asuntos de grandes. Plinio siguió fiel a su neoliberalismo. Poco después se convirtió en el yerno de Veraguth, además de su brazo derecho. Fue desheredado perdiendo la posición acomodada a la que tenía acceso por su linaje. Sus padres murieron al poco tiempo de su matrimonio con la hija del líder del partido. Jamás dejó de sentirse culpable de ello. Más tarde nació su hijo Tito a quien mimaron tanto que terminó por irse al lado de su madre, “la pérdida más grande en la vida de Designori”.

No se sabe por qué nuestro “electi” se tomó la tarea de enseñarle a reír y sonreír nuevamente a su político amigo. Lo educó y lo transformó en la música y la meditación. Al final el elegido fue un gran amigo que lo sanó hasta todo lo que pudo. Lo educó y transformó gracias a la música, meditación y alegría castalios. Pese a ser anticastalio lo volvió castalio otra vez. No fue hasta el octavo año de su magisterio que Josef aceptó una de las invitaciones de su amigo a la capital. Era una visita largamente esperada por nuestro magister ludi y no dudó en pedir el permiso al presidente de la dirección general, el maestro Alexander. Hombre al que veía como a un pontífice maestro de meditación, y en quien sabía existía una amistad latente que se limitaba a saludos y despedidas más afectuosas de lo normal, pero nada más. Ambos se elevaban como los máximos exponentes del espíritu de Castalia, el presidente de la Orden y su magister ludi.

Durante la visita todo se desarrolló

muy rígida y conservadoramente. Notó que la madre de Tito lo regía todo, no era muy inteligente, observó que la sonrisa de Plinio había desaparecido otra vez y concluyó que el muchacho era más bien malcriado. Al principio la visita era poco sincera, mas de a poco se ganó la confianza de la esposa de Plinio hasta hacerse amigo de ella. Empezó entonces a crecer en Knecht la idea de renunciar cada vez más fuerte, ayudado en su amistad con Designori y su vida que le parecía cada vez más su propia vida colmada de enigmas. Otro paso único en la vida de un elegido como lo es el magister ludi, ya que el cargo era de carácter vitalicio y el Siervo buscaba quebrar dicha tradición por primera vez en la historia.

Para esto decidió presentar ante la Orden un documento que testificara, sin lugar a oposiciones, su expulsión del vicus lusorum, pero para ello debería consignar una apelación al pasado, al presente y al futuro de la provincia pedagógica. No lo dudaría dos veces y encomendaría esta misión a Fritz Tegularius, quien podría atacar a la autoridad de la Orden a la que tanto odiaba. Pero Knecht era realista y sabía que si deseaba salir de la provincia debía trabajar para subsistir. Con mucha humildad, y lleno de vergüenza, decidió pedir a Plinio que lo ayudara a conseguir un empleo como maestro de música. El político le aseguró que un trabajo como maestro universitario era algo seguro, pero el magister le dijo que prefería algo más sencillo. Esta vez fue Designori quien se permitió solicitar si deseaba ser el tutor de Tito, algo que entusiasmó sobremanera a Josef, aunque el Siervo solicitó que convenciera a su madre y al muchacho antes de iniciar dicha faena.

Fritz quien tanto odiaba la historia se había fascinado con el correlato de la época bélica. Mientras el magister había seguido visitando la capital hasta que se ganara la confianza de la madre de Tito, la que evidentemente aceptó la propuesta de su esposo. El muchacho observó meditar al elegido, quien al notarlo se puso de pie y le señaló el piano. Fue la primera vez que

el muchacho lo observó como a un hombre admirable y no como a una autoridad.

Su autoridad oficial (la de Knecht) había descendido debido a sus múltiples viajes y ya habiendo decidido alejarse de Waldzell se dio cuenta de que el vicus lusorum era algo que le daba la espalda ya que no pertenecía ahí, pero también sentía que la labor de irse no era fácil, sabía que no lo dejarían abandonar su magistratura a pesar de que los estatutos no lo prohibían.

Luego vino el periodo en que presentó su renuncia, la que en su momento hubiera preferido no presentar. Del manuscrito realizado por Tegularius elaboró (“El escrito del magister ludi a las autoridades de educación”) otro que comenzaba exponiendo que el único impedimento para ejercer su cargo era él mismo. Por ello no se sentía seguro para poder ejercer su magistratura, de su capacidad para ello. Dice en ella amar a Castalia, la Orden, las casas de estudio, pero que la provincia corre peligros externos, e internos a la vez, y que nadie ha tenido la suficiente capacidad de análisis para estimar esta situación. “Los internos los combatimos expulsando a los elementos de las escuelas de selección. Los monarcas siempre mantuvieron a Castalia, pero eso pudo servir a la corrupción”, sostenía Josephus III quien no olvida mencionar por qué los castalios le temen a la historia argumentando que en primer término el contenido de la historia les parece inferior en valía que para el mundo exterior, y en segundo lugar arguye la desconfianza que tiene la Orden en cómo se ha escrito la historia. Además agrega que la suprema y más santa tarea de su magisterio reside en mantener los cimientos espirituales del país y del mundo. Asegurando que pese a todos los miramientos, “Castalia es un pedazo de la historia, condenado a morir”. Y he aquí uno de los argumentos más contundentes que entregara el magister ludi: “En todas las guerras se cree luchar por dios en contra del demonio”. En esta verdadera encíclica el Siervo asegura que Castalia está en decadencia, y que la Orden ha sido incapaz de ver el caos que hay fuera de ella, además de no colaborar en nada para

su solución. No conforme con todo lo anterior, Josef Knecht estima que “se viven tiempos de crisis y el mundo quiere trasladar una vez más su centro de gravedad”. Según el texto los aires de guerra soplan desde oriente (realmente demasiado contemporáneo para estar situado en el siglo XXV desde nuestra perspectiva). La pregunta estriba en el elegido: “¿Qué hacer para detener el peligro? Nosotros no servimos para gobernar, así como Platón era aristócrata tanto como filósofo. Ellos prefieren observar y no actuar, por lo tanto, no debemos gobernar, no hacer política”. Al final de la época folletinesca se pidió a los intelectuales que se adhirieran políticamente. Knecht nos explica, que es un cobarde el que se sustrae de los servicios y los peligros que deben enfrentar los pueblos, empero no es menos cobarde y traidor el que traiciona los principios de la vida espiritual por intereses materiales. En otras palabras, el castalio no debe convertirse en político. Para él se puede perder todo en Castalia, incluso sus disciplinas, menos el juego de abalorios ya que considera perdido el juego en caso de revoluciones políticas y sobre todo en conflictos bélicos: “Se perderá rápidamente y no será restablecido”. No cree que sea deber de él o de la Orden el retrasar el fin del juego. Lo saben y pueden sentir el dolor, pero no tratan de cambiarlo porque es fatalmente imposible cambiarlo. Además, el mundo estará muy ocupado para lamentarlo, sentencia el elegido. Se puede imaginar a Castalia sin el juego, pero no a ellos (los de la Orden) sin respeto por la verdad, sin fidelidad al espíritu. El magister ludi solamente es un gran maestro de la escuela. Y cierra afirmando que siempre han provisto al país de maestros, que eso es lo mejor de la provincia pedagógica, pero ha llegado la hora de hacer más. Por todo lo que anteriormente resumimos, el magister ludi solicita su relevo del cargo a la venerable Dirección esperando que se le confíe a una escuela común y pequeña fuera del país donde llevar un estado mayor de jóvenes hermanos de la Orden para enseñar sus principios en el mundo.

La respuesta a la carta no se hizo esperar y esgrimía que reconocían su enorme interés en

Castalia, pero que no creían en ninguna de sus presunciones o profecías. Y como era de esperarse se lo consideró exageradamente pesimista, sacrilego y peligroso. Con un miedo enorme al “memento mori” que les anunciaba el elegido, considerándolo un exageración nihilista, una amenaza a la autoridad y a su capacidad de labor. El redactor del rechazo, escrito con muy poca amabilidad era el maestro Alexander, presidente de la dirección de la Orden.

Casi se llega al final del camino de la vida de Josef Knecht. Se renuncia a dar detalles de los últimos días del magister en las páginas del libro y el narrador testigo asegura que no se sabe más de él que de cualquier otro estudiante de Walldzell, pero se sabe que es mejor la leyenda del magister ludi. Y esa es la leyenda que motiva esta obra. Retomando la respuesta a su petición se señala que ella fue negativa, la enviaba desde Hirsland el anteriormente mencionado maestro Alexander quien siempre actuó con especial severidad frente al Siervo. Knecht no se sorprendió y llamó a su “sombra” (un encargado anónimo que prestaba servicios al magister ludi). Le dio instrucciones para mantener la magistratura porque ya lo había decidido. Partiría cuanto antes abdicando a su cargo. Pensó en marcharse sin despedirse de Fritz, pero lo tomó como una bajeza por lo que fue a despedirse. Tegularius anotó los versos que le dieron ánimo para partir de inmediato, testificando una vez más cada una de las acciones del Siervo: “¡Arriba, corazón; di, pues, tu adiós y sana!”. Recordó alegre su estadía en Waldzell, rememoró lo que sintió en la casa de estudios asiáticos: “¡Trasciende!”, allí sintió por primera vez el despertar. Se sinceró con Fritz y le dijo que extrañaría las noches de conversación que sostenían periódicamente, puso su mano en el hombro del estudioso y dijo “Buenas noches, viejo testarudo”. Al día siguiente se levantó a la hora de siempre y se marchó a Hirsland, allá se hizo anunciar al magister Alexander.

Le dieron almuerzo, y le hicieron esperar en una celda, allí leyó el reglamento y se fijó en un punto: “Si las autoridades te elevan a un car-

go oficial, has de saber que toda ascensión por los grados de los cargos, no es un paso hacia la libertad, sino hacia una subordinación mayor. Cuanto más grande es el poder oficial, tanto más serio y severo es el servicio. Cuanto más fuerte es la responsabilidad, tanto más grande es el arbitrio”. El narrador de esta obra señala su personal punto de vista sobre el asunto: “Castalia y todos sus escaños estaban ya superados y debía trascender (Knecht)”. Hasta el atardecer lo hicieron esperar para llevarlo a la cancillería. Dos días duró la salida de nuestro personaje de Hirsland, en los cuales tuvo que entrevistarse con uno de los maestros que más recelo le tenía, Alexander, el director del vicus lusorum. Durante las 48 horas trató de persuadirlo de todas las formas de sacarlo de la idea de abandonar la provincia, ofreciéndole un permiso indefinido, tiempo de meditación, alegando demencia de parte de Knecht; empero no consiguió alejarlo de su decisión. Cualquiera fuera el argumento que le presentara el maestro Alexander, Knecht lo contrargumentaba con sabiduría, con amor y obediencia a Castalia, lo que hacía infructíferos esos esfuerzos. Entre algunas de sus premisas sostenía que estaba dispuesto a dejar su cargo de corazón, y de razón si la Autoridad así lo quería. Cada uno de los puntos que defendía el Siervo era medido y expresado con paciencia y sabiduría, lo que confundía al magister Alexander quien debía meditar ante la postura del elegido, descolocado, confundido. Tal vez lo único que consiguió ganar ante el magister ludi fue hacerlo esperar hasta el día siguiente para que hubiese un tercio de la dirección de la Orden y oficializar la salida. Comprendió que Knecht no quebraba ninguna regla ya que cualquier autoridad tiene la facultad de renunciar a su cargo. Entendió que este asunto era entre Josef y él, y que el elegido era dueño de su proceder y sus actos. Por ello decidió dejar el asunto a la meditación nocturna. Al día siguiente el maestro Alexander le confesó a nuestro personaje que había conseguido sacarlo de sus casillas. Pero que había masticado la situación. Una licencia indefinida era lo único a lo que consiguió llegar, mas avizoraba la respues-

ta. Le advirtió que tal vez volvería desilusionado del mundo exterior, pero Josef solo agradeció su preocupación alegando que era un hombre muy generoso, pero que su bondad era más grande aún. Al final de las entrevistas, el maestro del vicus lusorum quiso darle la mano a Josef, entendiendo que estaba frente a una dignidad sin límites, pensando que difícilmente Castalia encontraría a un hombre de su categoría para seguirle en el cargo, pero prefirió hacer la reverencia de costumbre.

Tras su partida al elegido le gustaba ese aire con olor a nuevo que tenía todo ahora, se entregó por entero al relajamiento y a la libertad. Tocó su flauta de madera bajo la sombra de un cerezo, se sentía uno con la naturaleza. Al día siguiente llegó a la capital y Designori lo recibió con caluroso afecto. Le propusieron descansar, pero el Siervo deseaba empezar la labor como tutor de Tito lo antes posible. Plinio era poseedor de una casa en la montaña Belpunt, lugar en el que se encontraba el chico por ese entonces. La decisión del abdicado ex *magister ludi* era viajar a primera hora del día siguiente para comenzar su tarea como valedor. Al llegar a la casa de descanso se encontró con el joven y sintió que el pecho le dolía, no obstante, no lo confesó a sus anfitriones. Durante ese día Tito le dijo que a la mañana siguiente se irían de excursión y Knecht le pidió que le enseñara más sobre botánica añadiendo que ambos debían igualarse en conocimientos. Esto despertó la admiración del muchacho por el maestro de maestros.

Tito saludaba a la naturaleza con una danza que Knecht admiraba profundamente, al verlo el muchacho se avergonzó y lo invitó a nadar en el lago. Para no retrasar las posibilidades de acercamiento con el muchacho se sacó su ténida y se lanzó al agua. Pero el agua era fría de glaciares y casi le propina una herida de muerte al Siervo que no dudó y luchó y nadó hacia el muchacho. El adolescente se percató de que era seguido por su maestro, pero al buscarlo no lo encontró, llegando a tocar el suelo bajo el agua sin divisarlo. Salió con desesperación y se secó,

miró y buscó hasta notar el temor del momento.

Había amado a ese hombre que murió en el lago y que lo invitaba a ser mejor de lo que era. Esta culpa lo transformaría ya que su vida exigiría cosas más grandes de las que hasta ese momento se proponía. La transubstanciación de Josef Knecht cierra su vida llena de “lux”, la de un hombre completo que conocía su condición de homo viator, capaz de compartir su sabiduría, su amor y su excelencia. Aquel que fue capaz de renunciar a la grandeza de su investidura para darle la cara a los problemas y testificar que deseaba ser un hombre otra vez con tal de desentrañar la paz y el altruismo en el mundo. La historia del magister ludi Josephus III es la de un iluminado como la historia de la literatura pocas veces ha conocido.

Bibliografía:

Hesse, Hermann; El juego de abalorios; Editorial Rueda, Madrid, 1967.